

niales y aun sobre los sepulcros de sus hermanos y hermanas. Toda la poblacion se complace al verla por la mañana en el mismo parage en que la dejó la víspera al anochecer.

XIV

Habia sido M. de Vaudran director de uno de los ministerios mas importantes, á principios del reinado de Luis XVI. Amigo de M. de Malesherbes, y unido con los mas egregios políticos y escritores del siglo, cuyas cabezas cercenó la implacable cuchilla de 1793, no tardó en participar de la suerte de la monarquía. Encarcelado, proscrito y amnistiado mas adelante, efecto de la movilidad de los acontecimientos revolucionarios, fué arrojado en la abrasada arena, como un resto de naufragio despues de la tormenta, y reducido á residir en el estrecho dominio de sus padres.

En él vivia filosóficamente en compañía de sus hermanas, suspendido entre dos épocas por sus opiniones y recuerdos; y, dotado de un vasto talento, erudición profunda y esa elocuencia sobria y lacónica que exigen los negocios, poseía en sí mismo recursos suficientes para sobrellevar la desocupacion, suplicio de las almas fofas é impotentes.

De todos los bienes que poseía en Paris, solo habia conseguido salvar su biblioteca, y, considerándola como su principal tesoro, la dispuso, con la mas pri-

morosa simetria, en un aposento elevado de la casa de sus hermanas consolándose de los reveses de la suerte en la compañía de esos mudos amigos que guardan un bálsamo para todas las heridas. La vecindad y la similitud de opiniones y desgracias, habian determinado cierta union entre M. de Vaudran y mi padre, union por otra parte fundada en una estimacion recíproca, y que, sin rayar en amistad, daba origen á un mútuo respeto que imprimia á sus relaciones una urbanidad algo fria y una apariencia de reserva. No obstante, ambos se buscaban atraídos por un impulso análogo, si bien con esa circunspeccion y recato de dos caracteres púdicos y tímidos en esplayarse. Quiso un dia el acaso que se hallasen en este sitio solitario, instigados sin duda por el mismo instinto de soledad y contemplacion; y, despues de haber pasado horas enteras de lectura agradable y sabrosas pláticas, se habian vuelto á hallar al dia siguiente sin sorpresa en el mismo parage, y mas adelante todas las tardes sin cita preliminar.

XV

El rostro de M. de Vaudran llevaba el sello de su vida, y se distinguía por la nobleza, finura y cierta tension. Sus ojos recelaban un fuego amortiguado por las desgracias, y sus labios acusaban el pliegue del desden filosófico contra el destino, y ese mudo desprecio única protestacion de las almas grandes

contra la ciega é implacable fatalidad. Su fisonomía parecía llevar impresas estas palabras de Maquiavel contra la fortuna : « Libre curso doy á su malignidad, satisfecho de que me atropelle para ver si « llegará al fin á avergonzarse. »

Su voz era grave, selectas sus espresiones ; su urbanidad algo acompasada recordaba la corte de Versalles en un lugarejo de nuestras montañas, y su modo de vestir proclamaba el hombre de distincion que respeta su pasado en su decadencia. Así su cabellera se hallaba levantada bajo forma de rizos crespos y empolvados en ambas sienes ; una de sus manos sostenia su sombrero, rodeado de una cinta negra con hebilla de plata, y en la otra se veia un junco rematado en pomo de oro ; su casaca cenicienta, con botones labrados de acero se abria sobre un chaleco blanco con largos bolsillos, y presillas de plata ataban sus zapatos en el empeine del pié.

XVI

Apenas se habia sentado en el asiento de la roca contiguo al de mi padre, cuando no tardaba en oír resonar los ligeros pasos de un tercer huésped que subia la pendiente de la montaña con no menos lentitud, si bien con mas resolucion, y pronto veia destacarse en el azul del cielo el negro leviton de un jóven y gallardo mancebo que, bajo el traje eclesiástico, poseia la estatura, el porte mar-

cial y varonil talante de un militar. En su fisonomía notábase la franqueza viril del soldado ; pero sus ojos penetrantes, su boca pensativa, sus mejillas descoloridas por el estudio, anunciaban una inteligencia elevada y una sensibilidad de corazon que rayaba en melancolía. Sus dos galgos, de pelo rojizo, que me conocian, venian á echarse á mi lado sobre la mullida yerba, y yo les quitaba los collares para que el retintín de sus cascabeles no me impidiese oír la lectura ó la conversacion de los tres amigos.

XVII

Nuestro tercer huésped era el abate Dumont, sobrino del anciano cura de la poblacion de Bussières que veiamos blanquear al pié de la montaña entre las viñas y cañamares.

Este galan eclesiástico, nacido para otro género de vida, habia sido, durante su adolescencia, secretario del obispo de Macon, prelado de exquisita literatura ; pero, el huracan revolucionario le habia internado en la rectoría de su tío, á quien estaba destinado á suceder, y el abate Dumont se consolaba por la lectura, la caza y la sociedad de M. de Vaudran y de mi padre, sus vecinos, de la aciaga suerte que le habia cerrado el palacio episcopal y condenádole á la vida oscura de un vicario campestre, pues el jóven sacerdote poseia gustos de elegancia é hidalguía

con menguados medios pecuniarios, y deliraba por mi padre en quien veía un modelo de la antigua y santa lealtad, una inteligencia luminosa y cultivada, y una conversacion amenísima, llena de continuas alusiones á la corte, á la guerra y á la caza. Al mismo tiempo profesaba no poca estimacion por M. de Vaudran, que le habia brindado con su biblioteca, y lo que es á mi mismo comenzaba á manifestarme un cariño, que andando el tiempo, y cuando los años subsecuentes nivelaron en cierto modo nuestras edades tan diferentes en aquel entonces, llegó á ser una franca y mútua amistad, amistad que, á pesar del fallecimiento del abate, aun permanece en mi corazon, como un amargo depósito que no me es dado impunemente remover.

XVIII

Despues de haber saludado con una soltura respetuosa á sus dos vecinos, superiores tanto en edad como en posicion social, me abandonaba sus perros el jóven sacerdote, deponia sobre el musgo su escopeta brillante como el oro bruñido, y se sentaba en la tercera cátedra de la roca que la naturaleza parecia haber hecho de intento para los tres amigos.

Entonces comenzaba entre estos tres hombres de edad, indole y condicion tan diversas, una conversacion que, si bien familiar al principio como con-

venia entre vecinos, y con esa incuria y dejadez de gente desocupada á quienes nada urge, se elevaba gradualmente hasta la solemnidad de una conferencia sobre los temas mas elevados de la filosofia, política y literatura. Mi padre procedia con esa franqueza breve y la sobriedad de pensamientos que caracterizaban su espíritu; M. de Vaudran prodigaba sus conocimientos luminosos é inagotables, y el jóven eclesiástico contribuía con la modestia y al mismo tiempo con el ardor de su edad.

La politica formaba siempre el primer texto de su conversacion: la elevacion y soledad del sitio; la seguridad que, en aquella época de sospecha, inspiraban á los interlocutores las mudas rocas, únicos testigos de sus conferencias; la confianza absoluta que tenian unos en otros, todo contribuía á que desahogasen su pecho explayando con abandono sus pensamientos. Todos tres eran, con medidas diversas y por diferentes causas, enemigos del despotismo militar que habia sucedido á la Revolucion y pesaba en los ánimos aun mas que en las instituciones; mi padre por su fidelidad caballeresca para con los reyes de su juventud, por cuya causa habia vertido su sangre y arriesgado su cabeza; M. de Vaudran, por la amargura resultante de la pérdida de una situacion ganada por sus talentos y perdida en el desmoronamiento general de las cosas, y el abate Dumont por ardor por la libertad, cuyos excesos habia deplorado en su primera juventud, si bien no podia menos de protestar é indig-

narse al ver que ni aun respirar era posible bajo el nuevo régimen.

XIX

Así esos tres amigos se entendían á las mil maravillas en su oposicion comun al gobierno que pesaba sobre su patria, si bien los dos de edad mas proveccta destestaban aun mas la demagogia sanguinaria de 1793, de la cual habian conseguido salir con las cabezas sobre los hombros, y no habia día que no suscitasen y debatiesen el tema de cuan triste era la opcion entre los tiranos democráticos y los opresores militares. Cuando estaba agotada la discusion, y terminadas por inanes duelos y tristes reflexiones sobre la vanidad de las esperanzas, mi padre, M. de Vaudran y el jóven abate sacaban un libro cada uno de su bolsillo, y citaban al apoyo de sus opiniones la autoridad del escritor que á la sazón estudiaban.

Ora era un Montesquieu, profeta de la experiencia, quien señalaba el origen y efectos de las legislaciones; ora un J.-J. Rousseau, que habia construido un sistema de política con sus sueños, y cuyo *Contrato social*, oráculo reciente, acababa de recibir de la práctica y de la razon tantos desaires y mentis, como quimeras contiene; á veces era citado Fenelon, á cuyas utopias sociales solo puede achacarse el no contar con el vicio; á menudo se alegaba la autoridad de Platon, cuya república

parece una nube suspendida en el vacío; por último, en ciertas ocasiones, se alegaba la autoridad de Aristóteles, ese Montesquieu de la antigüedad, mas ávido de ejemplos que de reglas, y consumado anatómico en materia de leyes y gobiernos.

Pero las mas veces prevalecía la opinion de un pequeño Tácito latino, que sacaba de su faltriquera M. de Vaudran, y leía á sus dos amigos en frances ó en el texto original, comentando con elocuencia el nervio, el vigor de la expresion y la fuerza de proyeccion de la idea arrojada al través la historia para volver leccion cada acontecimiento.

Al día siguiente ocupaba la atencion algun autor citado en la víspera, y que M. de Vaudran habia prometido traer de su biblioteca. Efectivamente era hojeado el volumen y leído en alta voz para buscar el discutido texto. Filosofía, religion, legislacion, historia, poesía, novelas, y hasta los periódicos, todo pasaba y repasaba sucesiva ó simultáneamente, en las controversias de esta academia al aire libre. La conversacion que seguía ó interrumpía estas lecturas, se resentía por de contado del tono grave, ligero ó sentimental del volumen. Las mas veces era M. de Vaudran quien leía cuando el tomo era dogmático, mientras que al abate competían los periódicos, folletos punzantes y anécdotas análogas á su edad, y mi padre recitaba admirablemente los poetas. Aun resuenan en mi oído, despues de cuarenta años de distancia, esas voces de diferentes metales que retumbaban en aquel anfiteatro de

rocas tan reducido como sonoro, repercutidas con la vibración lapidaria de una bóveda subterránea, ó de un agua que mana en una cavidad profunda.

XX

Me acuerdo sobretodo de una tarde de verano en que, habiendo traído casualmente M. de Vaudran un ejemplar de Platon en griego, lo leyó traduciéndolo á medida á sus dos amigos, hasta el momento en que faltó el crepúsculo en la última página del Fedon, y centellaron las primeras estrellas en torno de las rocas como para asistir, desde el cielo, á la muerte de Sócrates.

Estos tres hombres atentos á la narración del justo resignado, enjugando en sus ojos las lágrimas de admiración y entusiasmo, los juzgaba mi fantasía transfigurados en tres sabios de Atenas, platicando acerca de Dios y la naturaleza, sentados bajo los olivos del Himeto; escena que, muchos años despues, se reprodujo con la mayor viveza en mi imaginación, cuando, al visitar yo mismo, en la patria de Sócrates y Platon, la colina del Acrópolis, la roca tajada del Pnyx, y las calvas pendientes del Pentélico; reconocí una semejanza perfecta entre los cerros cascajosos del Atica y las montañas de mi tierra natal, compuestas de piedras que ceden y se derrumban bajo los piés del viajero.

Fácilmente se comprende que viva impresión de-

bían dejar en el ánimo de un niño tales escenas, tales lecturas y tales pláticas. Esos volúmenes, hojeados y comentados bajo la bóveda celeste, con un ardor continuo si bien procedente de intereses diversos, por esos tres solitarios, me parecían contener en depósito misteriosos oráculos que en tan elevada cima venían á consultar esos sabios con todo el recogimiento del alma y de los sentidos, de modo que la idea de un libro y de tres cátedras de piedra en una montaña encumbrada, llegaron á ser inseparables en mi mente. Las reuniones de los tres amigos duraron hasta los frios del otoño.

XXI

Un año despues, contribuyó de nuevo el acaso á comunicarme una especie de superstición juvenil por la literatura, é inducirme á considerarla como un poder sobrenatural dado por Dios á los hombres, y susceptible de reemplazar lo que vulgarmente se llama felicidad.

Detras de la colina, en la parte meridional, que separa el lugar de mi nacimiento de un valle ameno y pastoral, divisa la vista la población de Bussières, agrupada en torno de su ennegrecido campanario. Todos los días me encaminaba yo á esta población, ya á pié, ya á caballo, deseoso de pasar una ó dos horas con el jóven párroco letrado que ya he mencionado, contándole la conversación de los tres vecinos.

El camino, ya muy estrecho, se angostaba cada vez mas á medida que se acercaba de la rectoría entre los vergeles y cañamares adyacentes, dejando apenas espacio suficiente para el paso de mi caballo. A poca distancia de la rectoría, limitaba este mismo camino un muro poco elevado formado de piedras superpuestas sin cimento, y á izquierda otro muro muy alto y emplastado con argamasa, que servia de circuito á una casa de mezquina apariencia, y á un jardin que remataba en una viña seguido de un huerto cercado por do quier como un cementerio rústico. Levantándome sobre mis estribos, conseguia echar una mirada furtiva en esta casa, en este jardin y en este huerto, cerrado herméticamente á los pasos y á los ojos de los transeuntes.

La casa, cuyas ventanas se hallaban eternamente cerradas, presentaba, del lado del jardin, una escalera exterior y una galería cubierta, en la cual fenecía la escalera.

Divisábase á veces, sentado al sol ó á la sombra de esta galería, un hombre de canos cabellos y sórdido traje, acompañado de dos mugeres menos entradas en edad, á quienes empero la ausencia de todo primor en los vestidos daba prematuramente la apariencia de la vejez. Un perro blanco y una cabra familiar, seguida de dos ó tres cabritos negros, se hallaban siempre tendidos en el muro de la galería en forma de parapeto, ó en las gradas de la escalera que nunca tocaba la escoba, advirtiéndome que no habia en la casa criado ni criada alguna, y que el soli-

tario y sus hermanas mondaban las yerbas con sus propias manos, ó arrojaban en la galería las cáscaras de huevos procedentes de sus propias gallinas.

Las calles del jardin que nunca peinaba la mielga, desaparecian bajo las ortigas y parásitas malvas, prontas á invadir y tomar posesion del suelo que descuida el hombre, de modo que no era posible distinguir estas calles sino por dos orladuras ó ribetes de boj, jamas escamondado, que se elevaba hasta al nivel de la cintura. En los cuadros del jardin crecian coles y rábanos, escardados apenas; y limitófe al huerto, la vid que nunca podaba el viñador, esparcia aquí y acullá sus sarmientos rastrosos y frondosos que parecian implorar la intervencion de la mano humana. La negra sombra del campanario se estendia en este cercado, apenas pasaba el sol la mitad de su carrera, acrecentando la siniestra melancolía de tan lóbrega morada.

XXII

Allí habitaba un anciano á quien ya he aludido precedentemente, llamado M. de Valmont; y las dos hermanas en cuya compañía vivia desde luengos años, sin que constasen vínculos de parentesco, habian nacido en aquella comarca, y poseian por único patrimonio esa casa con su correspondiente jardin y huerto, y un plantío de cepas fuera del recinto, en la colina de Bussières.

Todo era arcano en la existencia de esas tres personas, y el misterio despertaba la curiosidad, si bien jamás llegó á ser satisfecha. Nadie entraba, nadie salía de aquella casa, sin que mediase la menor permutacion de palabras ó saludos entre sus misteriosos habitantes y los aldeanos circunvecinos.

Yo solo conocia, algo mas que de vista, á M. de Valmont, pero no á sus hermanas, pues, acostumbrado á pasar en la aldea uno ó dos meses del invierno, visitaba el anciano de vez en cuando á mi tío, vestido con decencia y aun con cierto esmero. Hay que advertir que este tío mio era un aficionado esquisito de ciencias y literatura, cuya casa estaba abierta á todos los hombres de mérito de la provincia.

XXIII

M. de Valmont habia tenido ocasion de verme, aun niño, en el gabinete de estudio de mi tío, y me habia dado de paso, y por complacencia, algunas lecciones de griego y latin. La malignidad, que todo pretende explicarlo, insinuaba que habia sido jesuita, y su prodigiosa instruccion clásica daba cierta consistencia á este rumor. Añadian malas lenguas que, cansado de su orden, la habia abandonado y retirádose á Holanda, y luego á Prusia, en que su escepticismo habia gustado á Federico II.

Sea como fuere, un dia que pasaba por el camino que conducia á su casa, quiso el acaso que se hallase abierta la puerta del jardin, dando paso á mi perro que precipitándose espantó las cabras las cuales huyeron despavoridas; y, acudiendo á defenderlas el perro de la casa, trabóse un tremendo alboroto en aquel recinto habitualmente mudo. Entonces entré yo para llamar á mi perro, causa de tal desorden; pero, hallándose en frente de mí M. de Valmont, que se hallaba sentado bajo un avellano, al momento me reconoció, y, saludándome con afable sonrisa, me convidó á entrar con una confianza seguramente muy agena de su carácter, pero evidentemente inspirada por el candor de mi rostro y mis pocos años.

Las dos hermanas, únicas compañeras del anciano, á cuyo cargo tocaba el gobierno de la casa, retiráronse con precipitacion, llevándose sus mal mondadas lechugas, como si un sacrilego intruso hubiera profanado el misterio de tan inviolable mansion, y cerraron estrepitosamente una de las dos puertas de la casa que daba al peristilo, seguidas de las cabras que balaban pavorosas. Yo quedé solo con M. de Valmont.

XXIV

M. de Valmont era hombre de unos sesenta años, dotado de una bella fisonomía, á pesar de la inquietud